La revolución rusa

León Trotsky

12 de julio de 1910

(Versión al castellano de Vicent Blat desde "The Russian Revolution", en "Sozialistische Klassiker 2.0" (5/11/2026), con fuente en folleto, editado por la Editorial del Partido Socialista, Sofía, 1910. Discurso pronunciado en la Casa de los Trabajadores de Sofía el 12 de julio de 1910.)

Camaradas, el pueblo trabajador lleva desde tiempos inmemoriales viviendo bajo una doble opresión: material y espiritual. Esta última habría sido imposible sin la primera, y viceversa: si no hubiera habido prejuicios propios de la servidumbre inoculados en la conciencia del pueblo, si la doctrina de la Iglesia y los prejuicios religiosos no hubieran envenenado la conciencia del pueblo, la destrucción de la opresión material se habría visto enormemente facilitada. Pero en el desarrollo de los pueblos suele haber momentos en los que toda la nación se levanta como un león contra la opresión burguesa y, al levantarse, se libera de los prejuicios de la servidumbre, pierde el respeto por las instituciones burguesas y desaparece la hipnosis de la servidumbre. El pueblo se convierte en un pueblo de leones, un pueblo de héroes. Tal época es una época de bautismo del pueblo; permanece inolvidable y deja huellas indelebles en el pueblo.

El pueblo ruso vivió una época así en 1905. Y ahora, camaradas, si observamos todos los fenómenos y acontecimientos de la vida política internacional de los últimos cuatro o cinco años, tendremos que reconocer que en la escena mundial no ha habido ni un solo acontecimiento, ni un solo fenómeno (cultural o de otro tipo) en el que no haya quedado impresa la huella de la revolución rusa.

Fíjense en el vasto e inmenso continente asiático. ¿Acaso la derrota de Rusia en la guerra contra Japón y la revolución rusa no resucitaron a todo el continente? Vean el despertar de China, la India, Persia, el movimiento revolucionario en Turquía. La derrota militar del régimen zarista despertó la conciencia de sí mismos de todos los pueblos asiáticos. La influencia de este acontecimiento también os ha llegado a vosotros, en forma de la joven revolución turca, que es el eco de la revolución rusa y supone el renacimiento de Asia. Dirijan luego su mirada hacia el oeste: miren, ¿qué vemos en un poderoso país capitalista, Alemania, la patria del partido socialdemócrata más fuerte, la madre de todos los partidos socialistas? La socialdemocracia alemana ha ido avanzando paso a paso durante cuatro décadas, construyendo su propio y poderoso edificio y acumulando fuerzas, pero sin salirse nunca del marco de la legalidad. Solo los golpes de la revolución rusa crearon el clima en el que el proletariado alemán pudo salir a las calles con manifestaciones colosales para exigir la introducción del sufragio universal en Prusia.

Camaradas, dirijan su mirada hacia un país más cercano a ustedes: el Imperio austrohúngaro. Saben que durante varios años el proletariado de todas las nacionalidades luchó allí por el sufragio universal. Pero solo hasta después de la gran huelga de octubre pudo el proletariado austrohúngaro expresar su reivindicación en grandiosas manifestaciones y arrancó el sufragio universal al monarquismo y al capitalismo austriacos. Se puede afirmar con certeza que, al igual que los historiadores separan la historia medieval de la moderna (considerando el descubrimiento de América, la ruta a la India, etc., como el comienzo de esta última), así los historiadores del futuro considerarán la guerra ruso-japonesa y la revolución rusa como la frontera entre la historia moderna y la más reciente.

Camaradas, la revolución rusa tenía como objetivo destruir el eje principal de la reacción mundial: el zarismo, en torno al cual se agrupaba todo lo bárbaro, todo lo depredador, todo lo medieval, todo aquello en torno a lo cual giran las bolsas europeas; y más aún, ya que no hay fuerza reaccionaria que no encuentre su expresión, su apoyo y su respaldo en el régimen zarista ruso.

Se puede decir que la revolución rusa se fijó objetivos similares a los de la Gran Revolución Francesa del siglo XVIII, y solíamos llamar a la Revolución Francesa "burguesa". Y, sin embargo, ¡qué diferencia entre estas dos revoluciones! Allí, el llamado pueblo o el "tercer estado" (la democracia burguesa, la intelectualidad, apoyándose en las masas pequeñoburguesas de artesanos y en el proletariado) actuó contra el absolutismo, contra el feudalismo, contra el clericalismo. Esta intelectualidad revolucionaria (los jacobinos) logró unir y reunir a su alrededor a todos los elementos progresistas, unirlos en un todo. Esto no lo vemos en Rusia. Aquí no vemos una democracia burguesa capaz de la lucha revolucionaria tal y como la vemos en la historia de otros países. La burguesía rusa, al igual que la de los países balcánicos, lleva la maldición en la frente ya desde el seno materno: está condenada a la traición, bautizada en la traición y muere por la traición. Esa tarea colosal, que se presentó ante el pueblo ruso y exige con fuerza una solución, recayó por completo sobre los hombros del proletariado ruso.

Recuerden los momentos principales de la revolución rusa. La guerra ruso-japonesa tuvo un enorme impacto en las masas populares. Destruyó el atractivo del zarismo como "una fuerza enorme e invencible". Demostró que el coloso, que estrangula todo lo progresista en el mundo, que se apoya en todas las bolsas europeas, se sostiene sobre pies de barro, que el pequeño Japón podía asestarle duros golpes; quedó claro para el pueblo ruso que este coloso es débil, que puede caer bajo el ataque de otros y (¡oh, milagro de milagros!) esta guerra no solo despertó a las masas populares, sino que también despertó al liberalismo ruso.

A lo largo de 1904, toda una serie de círculos (médicos, arquitectos, periodistas y profesores) aprobaron resoluciones en las que se condenaba el zarismo y se planteaban reivindicaciones constitucionales. Pero no eran más que palabras. Algunas personas bienintencionadas decían que Jericó cayó ante el sonido de las trompetas judías; de la misma manera (esperaban los liberales) caería la fortaleza de la autocracia. Pero los liberales se equivocaban, y si el régimen zarista se vio sacudido, ellos no fueron la causa. Los liberales pronto se encontraron en un callejón sin salida y mostraron su naturaleza reaccionaria, inseparable de la naturaleza de la clase burguesa. Puesto que no podían derrocar la monarquía con sus discursos, no les quedó más remedio que esperar a que las fuerzas celestiales lo hicieran por ellos. Y ahora, cuando el liberalismo ha tenido que admitir su derrota, el proletariado aparece en el escenario de la vida histórica rusa. El 9 de enero de 1905 es una gran fecha histórica. Recuerden ustedes, camaradas, cómo el proletariado ruso de San Petersburgo llevó a cabo un acto majestuoso, revolucionario en esencia, aunque ingenuo en la forma, al presentar sus reivindicaciones al zar, a quien hasta entonces se consideraba el dador de todos los bienes. Recuerden que el zar respondió a estas reivindicaciones con salvas de cañón y el silbido de las nagaikas. Esto resumió las relaciones anteriores entre el zar y el pueblo, y puso fin a toda atracción moral del zarismo entre el pueblo. Así como antes se marcaba la vergüenza del criminal en su cuerpo desnudo con hierro al rojo vivo, así ahora el pueblo ruso grabó la fecha del 9 de enero en la frente del zarismo con letras de fuego. Tras el 9 de enero, el liberalismo se encuentra en la situación más miserable y teme a su propia vanidad, mientras que las masas trabajadoras pasan a primer plano en la realidad rusa. El 9 de enero provocó una gran ola de huelgas, que despertó uno a uno a todos los estratos de la clase obrera y los enfrentó cara a cara con el zarismo.

Esta es la esencia de la revolución. En la vida cotidiana, un trabajador se reconoce a sí mismo como metalúrgico, sastre o zapatero, como sastre de San Petersburgo, metalúrgico de Moscú o de San Petersburgo, etc. El nuevo período revolucionario despojó a cada trabajador individual de su coraza nacional, local y grupal. El obrero se sintió parte viva de un único cuerpo, y para él se convirtió en sagrado y obligatorio lo que es sagrado y obligatorio para el proletariado en su conjunto. En respuesta al movimiento provocado por el 9 de enero, el 18 de febrero se promulgó un decreto del zar. Nunca, camaradas, se mostró el zar ruso más miserable e impotente en su crueldad que entonces. Por la mañana, publicó un manifiesto en el que llamaba a todas las fuerzas oscuras del territorio ruso a reunirse en torno al trono contra la revolución que se alzaba; y esa misma tarde promulgó un decreto en el que proclamaba el principio de la representación popular. El gobierno zarista estaba tan asustado que el zar, tras haber publicado por la mañana un manifiesto de pogromo, renunció a él esa misma tarde y publicó otro manifiesto semiconstitucional, que reflejaba su temor ante el movimiento de las masas populares. Y, por supuesto, ambos manifiestos zaristas comienzan con las palabras: "Luchando con ahínco por el bienestar del pueblo"...

Pero el pueblo sabía perfectamente cuál era el estado de ánimo del zar en el momento en que escribió el manifiesto "constitucional". El proletariado ruso, aunque aún joven y sin experiencia política, se niega a creer en las palabras y promesas del zar (en este sentido se diferencia favorablemente de los políticos burgueses balcánicos, que se guían en sus acciones por las promesas zaristas). Tras el decreto del 18 de febrero, el proletariado ruso reforzó sus filas, y vemos cómo todo el pueblo ruso se contagia del auge revolucionario, al igual que todos los estados, uno tras otro, se suman a la lucha contra la autocracia. Las estadísticas muestran que en 1905 el número de huelgas en Rusia fue cinco veces superior al de Europa occidental y otros países avanzados. Pueden ustedes imaginarse el colosal esfuerzo que se requirió para poner en marcha la huelga general en el mes de octubre. Entre el movimiento de febrero y la gran huelga, la Flota del Mar Negro se rebeló, enarbolando la bandera roja. El resultado fue el nuevo manifiesto del 6 de agosto, que anunciaba la convocatoria de una "duma de estado". Entonces, los liberales se dirigieron a nosotros con las siguientes palabras: "Señores, en Rusia, el 6 de agosto de 1905, se proclamó una constitución. A partir de ahora pueden apoyarse en el terreno de la legalidad (los derechos). Abandonen sus medios y métodos revolucionarios y manténganse en el terreno de la ley". Esto es lo que los liberales le dijeron al partido del proletariado; pero este último los despreció, como siempre. A continuación, el movimiento alcanza su punto álgido con la declaración de la huelga de octubre, que moviliza a más de un millón de trabajadores y paraliza todo el aparato estatal.

Camaradas, el estado es una máquina que, como cualquier máquina de fábrica, se sustenta a costa de la clase obrera, y cuando el pueblo se niega a mantenerla en funcionamiento, se desintegra y su poder centralizado se desmorona en polvo y cenizas. (*Aplausos, voces que gritan "cierto, cierto"*). Y ahora, sobre los cimientos históricos del despotismo ruso, en respuesta a la huelga de octubre, apareció el manifiesto del 17 de octubre con promesas de derechos electorales aún mayores, libertad de reunión, libertad de asociación, libertad de prensa, etc. El zar, el zar blanco que se apoyaba en la autocracia y la ortodoxia, firma inmediatamente el pergamino de la constitución. ¡Esta es una gran victoria revolucionaria del proletariado!

Unos días más tarde, el régimen zarista la ahogó en sangre. Pero nunca olvidaremos esta victoria, dejaremos constancia de ella y diremos que el zar se quitó el sombrero ante la revolución. (*Aplausos*.)

Camaradas, se publicó el manifiesto del 17 de octubre, pero toda la burocracia rusa, con su selección natural y artificial de sinvergüenzas, permaneció en su sitio. Trepov,

quien el 12 de octubre (cinco días antes de la publicación del manifiesto) emitió su propio manifiesto "¡No escatiméis balas!", siguió siendo, tras el 17 de octubre, el jefe de San Petersburgo, y el proletariado de San Petersburgo sabía lo que podía esperar, al haberse confiado a este hombre la aplicación de los principios constitucionales. Para cuando se publicó el manifiesto, en pleno apogeo de la lucha huelguística, el proletariado de San Petersburgo volcó todos sus esfuerzos en su unificación, en la creación de su propia organización fuerte. Es verdaderamente un milagro histórico, que rinde testimonio del poder inagotable de la clase obrera, un gran milagro que, en un plazo de cuatro o cinco días, en San Petersburgo, como si surgiera de debajo de la tierra, apareciera una organización viva, flexible y con autoridad, que abarcaba a 200.000 obreros de San Petersburgo y que inscribió su nombre en la historia de la revolución rusa. Me refiero al "Sóviet de Diputados Obreros" de San Petersburgo. Cada 500 trabajadores de una fábrica, planta o distrito determinado eligen a un delegado. Los elegidos forman el sóviet y se convierten en los dueños de San Petersburgo. Trepov ha sido destituido. Witte no se atreve a presentarse ante el pueblo. Se ha declarado el boicot a la maquinaria estatal, y el Consejo ostenta de hecho el poder del estado en sus manos. Ustedes, camaradas, probablemente recuerden todos que el zar ha dejado la huella evidente y distintiva de su mano sangrienta en su manifiesto del 17 de octubre. Recordarán que, entre el 19 y el 20 de octubre, todo el sur de Rusia y una parte significativa de su zona central se convirtieron en escenario de horribles pogromos, organizados por la "Unión del Verdadero Pueblo Ruso", cuyo patrocinador era el zar. Saben que en aquel momento se dio una consigna secreta: responder a la revolución con pogromos; y en todos los lugares donde el proletariado no esperaba una traición a sus espaldas y no estaba preparado para resistir, esos pogromos causaron miles de víctimas. Los gemidos de los niños y ancianos asesinados, los gritos desesperados de las madres que morían junto a los cadáveres de sus hijos fueron el resultado de ese manifiesto. Solo en San Petersburgo, Moscú y algunas otras ciudades, donde el proletariado logró establecer sus propias organizaciones y, tras haber eliminado toda la burocracia, tomó el control del destino y la vida de la ciudad, solo allí no hubo rastro alguno de pogromos. Esto demuestra que los pogromos fueron llevados a cabo por grupos patéticos, bandas y turbas que el pueblo y las masas obreras aún no eran capaces de eliminar con sus manos imperiosas. Toda Rusia reconoció el mérito del proletariado de haber salvado a San Petersburgo de la vergüenza de la derrota y los pogromos. Tras el 17 de octubre, el Sóviet de Diputados Obreros no detuvo la huelga; declaró: "Se ha publicado el manifiesto, pero expresamos nuestra desconfianza hacia él y continuamos la huelga hasta las 12 del mediodía del 21 de octubre".

La clase obrera rusa no es antigua (no tiene más de 40 o 50 años), es una clase joven, muy joven, ¡y, sin embargo, ya lidera a un millón de huelguistas! ¡Qué unidad, qué solidaridad! Y, efectivamente, hasta las 12 en punto del 21 de octubre, ninguna rueda se movía, ninguna chimenea echaba humo, toda la producción se había paralizado. Los días 17 y 18 de octubre, editores y periodistas burgueses enviaron a sus representantes a pedirnos que permitiéramos a los tipógrafos componer el manifiesto zarista, pero no les dimos permiso para hacerlo. Solo se publicaron dos periódicos: el *Pravitelstvenny Vestnik* [Boletín del Gobierno], un periódico de dos páginas publicado ilegalmente en una imprenta clandestina, y el otro, publicado abiertamente y distribuido en grandes tiradas: *Izvestia del Consejo de Diputados Obreros de San Petersburgo*. (*Aplausos entusiastas*.)

¿Cómo respondió el Sóviet de Diputados Obreros, qué dijo sobre el manifiesto zarista? Dijo: sí, se ha aprobado una constitución, pero el zarismo sigue existiendo, y Witte juega con la soga mientras Trepov rechina los dientes; se ha aprobado la libertad de prensa, pero la censura permanece; también se ha aprobado la libertad de reunión, pero está protegida por los cosacos. ¡No se nos ha dado una constitución, sino una nagaika

envuelta en pergamino! Esa fue la respuesta de *Izvestia del Sóviet de Diputados Obreros*, e inmediatamente el proletariado de San Petersburgo, que era el menos dado a limitarse a frases revolucionarias, emprendió acciones revolucionarias. Anunció que a partir de las 12 en punto del 21 de octubre todas las imprentas comenzarían a trabajar, pero que ni un solo libro, ni una sola hoja de papel pasaría por la censura, y que solo bajo esta condición se permitiría imprimir en Rusia. Recordemos la asombrosa escena en la que figuras públicas y editores rusos se reunieron en casa de Witte y le suplicaron que suavizara la censura del régimen, y un representante del sóviet se presentó ante ellos y dijo: "Se os permite todo y ni una sola hoja pasará por la censura: a partir de ahora hay libertad de prensa". De hecho, durante dos meses, cuando San Petersburgo estaba en manos del Sóviet de Diputados Obreros, hubo en Rusia libertad de prensa al estilo estadounidense[1]. La mano del censor no se atrevió a tocar ningún periódico, y en nuestros periódicos socialistas, que se imprimían en 212.000 ejemplares, llamamos por primera vez al zar por el nombre que se merecía: "¡El zar es un asesino, el zar es el organizador responsable de todas las maldades en Rusia! (*Aplausos entusiastas*.)

Camaradas, el gobierno intentó impedir que el Consejo publicara su *Izvestia*: durante la huelga, cuando toda la prensa guardaba silencio, al gobierno le incomodaba que sus periódicos se publicaran de forma tan lamentable, mientras que el periódico del proletariado tenía un aspecto excelente. El gobierno intentó rodear la imprenta con sus tropas. El poder y el atractivo del proletariado eran tan grandes que este imprimió su *Izvestia* sin obstáculos en todas las imprentas, incluso en la de *Novoye Vremya* (ese periódico reaccionario, pogromista y paneslavista), donde publicamos nuestro séptimo número con la misma tipografía y el mismo volumen que *Novoye Vremya*. Cuando el delegado del sóviet llegó a la imprenta y dijo que, durante 24 horas, era propiedad del pueblo y se necesitaba para la publicación del "órgano semioficial del gobierno", se le respondió que la imprenta no se le entregaría porque temían que se dañaran las máquinas.

Nuestro representante dijo que el sóviet pondría a su disposición a sus mejores obreros. Entonces alegaron que "ahora hay una huelga y no hay electricidad".

"Les ordenaremos que den la luz".

"Pero nuestra central eléctrica está dirigida por oficiales y cuenta con marineros entre su personal".

"Nuestras órdenes son bastante elocuentes tanto para los oficiales como para los marineros", fue nuestra respuesta.

Media hora más tarde, la sala se iluminó con electricidad, los capataces no estropearon la máquina y el periódico salió a la luz. (*Aplausos entusiastas*.)

Camaradas, poco después de la huelga de octubre, la reacción del zar comenzó a mostrar sus garras, primero en Kronstadt, donde el levantamiento de los marineros fue ahogado en sangre, y luego en Polonia, sobre la que se cernía la espada de la ley marcial. Y el proletariado de San Petersburgo, que aún no había tenido ocasión de secarse el sudor de la frente tras la huelga de octubre, declaró que, mientras la soga del tribunal militar de campaña amenazara las cabezas de los marineros, mientras la ley marcial hiciera estragos en Polonia, los obreros de San Petersburgo no detendrían el movimiento y no dejarían de manifestar su enérgica protesta. (*Aplausos*.)

[1] En comparación con la censura zarista, las condiciones de la prensa en Estados Unidos parecían ideales, aunque todo revolucionario marxista comprendía perfectamente que se trataba de una libertad de prensa burguesa, es decir, una libertad de la que solo las clases adineradas podían disfrutar realmente. Solo en este sentido relativo deben entenderse las palabras de Trotsky sobre la "libertad de prensa estadounidense". Solo la revolución de octubre de 1917 permitió a las masas obreras de Rusia llevar a cabo una auténtica libertad de prensa proletaria. [Nota en las *Soćineniya*]

El 1 de noviembre se convocó una nueva huelga general en San Petersburgo para protestar contra la embestida de la sangrienta reacción. En aquel momento, Witte se dirigió al proletariado de San Petersburgo con una carta de exhortación, que comenzaba con las palabras: "Hermanos trabajadores"… Ya pueden ver con qué dulzura se dirige el ministro ruso al trabajador ruso cuando este último le pisa la garganta con la bota: "Hermanos trabajadores, no olvidéis que el zar os desea lo mejor. No escuchéis a los agitadores y alborotadores dañinos. Permaneced en vuestros puestos. Soy vuestro amigo y os deseo lo mejor". (*Risas generales*.) El Sóviet de Diputados Obreros le respondió con una carta el 2 de noviembre, que puedo reproducir casi palabra por palabra. En primer lugar, el sóviet declaró que no tenía relación alguna con el conde Witte. El conde Witte dice que el zar nos desea lo mejor. El proletariado de San Petersburgo responde solo con dos palabras: "9 de enero". Witte dice que nos desea lo mejor; el proletariado de San Petersburgo no necesita el favor del favorito del zar.

El conde Witte (según dijo todo San Petersburgo) sufrió un ataque de asma al leer esta respuesta. Se apresuró a emitir un comunicado del gobierno en el que se afirmaba que los marineros no serían juzgados por un tribunal militar y que se levantaría la ley marcial en Polonia. El proletariado de San Petersburgo respondía que el 7 de octubre a las 12 en punto la huelga terminaría y que se retiraría del campo de la lucha revolucionaria en el mismo orden en que entró en él. (*Aplausos.*)

Camaradas, en ese momento San Petersburgo ofrecía un espectáculo inolvidable. Es una ciudad con una población de dos millones de habitantes, con enormes fábricas, en las que trabajan varios cientos de miles de obreros. En los días en que las fábricas se pararon, en que ninguna rueda giraba, en que toda la vida se detuvo, en que los teatros dejaron de representar sus obras en medio del primer acto a petición nuestra, en que las calles se sumieron en la oscuridad, en que no había electricidad, en que reinaba la oscuridad en los apartamentos de los consejeros secretos del zar, en aquellos días vimos y sentimos lo que era el proletariado y cuál era su poder. Vimos, camaradas, que toda la sociedad vive únicamente gracias a él: gracias a él los gobernantes ejercen su poder, gracias a él los ricos se hacen más ricos, el erudito estudia la ciencia, el propietario posee palacios brillantemente iluminados. Todo esto gracias a la clase obrera, que tiene el mundo entero en sus manos. (*Aplausos*.)

Creo que si en aquel momento a nosotros, los socialistas, nos hubieran privado de la vista, si nos hubieran tapado los oídos con cera, habríamos podido sentir el socialismo con los dedos en las calles de San Petersburgo.

El malestar del proletariado también se reflejaba en el pueblo oprimido, sumido en la oscuridad y la ignorancia. Saben ustedes que una de las razones de la revolución rusa es la servidumbre y la miseria del campesinado ruso. Saben que, en el mercado internacional de la pobreza y la miseria, el campesino ruso podía incluso competir con el hindú de las posesiones inglesas. Basta con mencionar un hecho, a primera vista cómico, pero en esencia profundamente trágico, que fue constatado por el doctor Shingarev. Como saben, la vivienda del campesino ruso no es muy limpia y, a pesar de ello, los bichos y las cucarachas boicotean estas chozas, porque para ellos hace demasiado frío y hay demasiado hambre; el frío y el hambre ahuyentan incluso a los bichos y las cucarachas de ellas. Este es el horror en el que vive el pueblo ruso, compuesto por muchos millones de personas. El enorme presupuesto del zarismo, que ha alcanzado los dos mil quinientos millones de rublos, recae íntegramente sobre las espaldas del campesino y el obrero rusos. Basta con decir que el militarismo ruso absorbe anualmente seiscientos cincuenta millones de rublos, y a esto hay que sumar cuatrocientos siete millones, pagados a las bolsas europeas por los nueve mil millones de deuda rusa, (también en concepto de gastos incurridos por el militarismo y el zarismo). Estamos pagando más de mil millones al

vampiro que estrangula al pueblo ruso. Por eso, la tarea principal de la revolución consistía en destruir la monstruosa maquinaria militar y burocrática del gobierno zarista y sustituir el zarismo por un sistema republicano libre.

Otra consigna importante era: "la expropiación de los terratenientes, la destrucción de la nobleza y la distribución de la tierra entre los campesinos rusos". Esta fue la consigna agraria de nuestra revolución. La respuesta al 9 de enero fue el levantamiento de la Flota del Mar Negro y las huelgas de octubre y noviembre. Estas encontraron eco entre las amplias masas campesinas. En octubre de 1905 se incendiaron más de una casa solariega, y el gallo rojo de la revolución rusa iluminó la vasta tierra rusa con un resplandor sangriento. Los terratenientes huyeron a las ciudades y al extranjero, buscando ayuda de la burguesía. Hasta 1905, el terrateniente ruso era liberal, exigía una constitución, se autodenominaba amigo del pueblo ruso y expresaba su descontento con la burguesía y el zarismo. Pero en 1905, los obreros y campesinos rusos le sacaron de una vez por todas la locura liberal de la cabeza, y se convirtió en la columna vertebral de la reacción más cruel. Si el zarismo ruso encontró el valor para oponerse a la revolución, ello se debe a que pudo contar con la nobleza. En aquellos días surgió la unión sagrada de la nueva "santa trinidad": la burocracia, los terratenientes y el zarismo, que declararon una cruzada sangrienta contra la revolución.

Los liberales europeos, y quizá también los de aquí, acusan a los socialistas rusos de librar una lucha muy cruel e irreconciliable, y afirman que, si hubieran moderado un poco sus reivindicaciones, si hubieran sido más pacíficos y hubieran puesto la mano en la garra del lobo, la situación habría sido diferente. Pero ellos mismos demostraron cómo son esos liberales cuando, a finales de noviembre, tuvo lugar en Sebastopol el segundo levantamiento de la Flota del Mar Negro bajo el liderazgo del teniente rojo Schmidt (que posteriormente fue fusilado). El proletariado de San Petersburgo envió sus saludos revolucionarios a los marineros del Mar Negro. En ese momento se celebraba el congreso del partido de los liberales, presidido por Miliukov. (*Gritos: "¡Abajo con él!"*) Todo el congreso, como si fuera una sola persona, renunció a todas sus reivindicaciones, declarando que a partir de ese momento ellos, los liberales, apoyarían al gobierno y al conde Witte. Miliukov intentó tranquilizarlos asegurándoles que el levantamiento ya había sido sofocado. Así, camaradas, es como reaccionó el liberalismo ruso ante la revolución rusa en los momentos más críticos de la historia de Rusia. En el momento en que se decidía los destinos del pueblo ruso, el liberalismo ruso se revolvió como un traidor, un renegado, un ladrón nocturno. En esos grandes días históricos, en aquellos días en que el proletariado aclamaba el levantamiento de la armada, el liberalismo aplaudía la victoria sobre él. ¿Podría haber algo en común entre él y el socialismo? No, camaradas, entre ellos se abre un abismo cavado por la traición del liberalismo.

Camaradas, la situación en aquellos días era extremadamente compleja y trágica. La vida social se había desarrollado, nuevas clases sociales habían aparecido en la escena política. El proletariado se mantenía en lo más alto de la situación, pero estaba desarmado. El gobierno pasó, en cierta medida, a ser ilegal, a actuar en la clandestinidad, y se refugió en los sótanos de Tsárskoye Seló, San Petersburgo y Peterhof. Pero los regimientos de la guardia permanecieron leales a él.

En aquellos momentos había dos poderes en San Petersburgo: uno (el proletario, desarmado) y el otro (el gobierno, armado). Pero no todas las tropas eran leales al zarismo. Ya he mencionado el levantamiento de la Flota del Mar Negro. A lo largo de toda la línea del Ferrocarril de Siberia, por la que regresaban los soldados del Lejano Oriente, se estableció el poder de los soldados revolucionarios, que eligieron sus sóviets de diputados de soldados e izaron banderas rojas. En San Petersburgo, varios regimientos y tripulaciones de marineros enviaron abiertamente a sus delegados, vestidos con uniformes

de soldado, al sóviet. Esto ocurrió en el momento de la huelga de noviembre, después de que los obreros de San Petersburgo declararan que no podían permanecer impasibles mientras la soga pendía sobre las cabezas de los marinos de Kronstadt.

Regimientos enteros se pasaron al bando de la revolución, pero se trataba de regimientos cuya mayoría estaba compuesta por proletarios. El gobierno zarista no se basaba en sus ministros, ni en su talento ni en su ingenio, sino en el poderío material del ejército. Pero el ejército en sí mismo no es una máquina, ni un instrumento inerte: está compuesto por personas vivas, que piensan y sienten. La composición del ejército determina en qué dirección dispararán los fusiles y los cañones. Esto no debe olvidarse. Si el zarismo nos derrotó, fue únicamente porque en el ejército había muchos campesinos incultos y pocos obreros conscientes. (*Aplausos; voces: "¡Cierto, cierto!"*) Entienden ustedes, por supuesto, que no fue el zarismo en sí mismo el que cerró la boca a los obreros; su herramienta fueron los soldados campesinos. Pero la producción mecanizada está transformando gradualmente a los campesinos en obreros; los obreros se alistan en el ejército y lo revolucionan. Y con la misma inevitabilidad con la que gira la Tierra y el día da paso a la noche, y la noche al día, en el ejército zarista los campesinos son sustituidos por proletarios, por amigos de la revolución. (*Aplausos*.)

Camaradas, no queda mucho tiempo y me veo obligado a acortar la parte final de mi discurso.

Ya he dicho que había dos poderes: el revolucionario, desarmado, y el antiguo, armado. Nosotros, los socialdemócratas, no éramos, por supuesto, tan ingenuos como para esperar que el zarismo cediera su lugar sin luchar, que no utilizara a su ejército. Sabíamos que, tan pronto como el proletariado se retirara, el monstruo sanguinario saldría de su guarida y le hundiría sus garras. Por eso nos dirigimos de antemano al ejército y a los campesinos con un manifiesto revolucionario. Y hay que decir que la voz del proletariado tuvo un enorme eco, enorme, pero insuficiente.

El campesino ruso entiende perfectamente que el terrateniente es su enemigo. Pero cuando entra en los cuarteles y se convierte en soldado, empieza a titubear como un ciego, sin saber dónde están sus amigos y dónde sus enemigos. Por eso volvió su arma contra la revolución. La tragedia de la revolución rusa radica en el hecho de que el zarismo logró no solo robar al campesino, sino también envenenar su conciencia. Los campesinos con uniformes de soldados apuntaron sus armas contra los obreros, y esto explica la derrota de diciembre.

Si se nos dice que los socialdemócratas hemos perdido la confianza del proletariado porque lo hemos llevado a las barricadas de Moscú, entonces nosotros, que nos enorgullecemos de este levantamiento, responderemos que esa acusación carece de todo fundamento. Diríjanse al proletario ruso y pregúntenle si perdió la confianza en nosotros tras la derrota de diciembre. Echen un vistazo a las listas de la Primera, Segunda y Tercera Duma Estatal, y verán que el proletariado ruso, incluso tras el terrible derramamiento de sangre, dio su voto a un solo partido: la Socialdemocracia rusa. Es cierto, camaradas, que cuando se celebraron las elecciones a la Primera Duma, los obreros aún no habían tenido tiempo de lavarse la sangre, sus heridas aún no habían cicatrizado y muchos de ellos rechazaron las elecciones. En muchas fábricas, los obreros votaron burlonamente por los perros de la fábrica, las chimeneas o las puertas como diputados. En una palabra, los obreros boicotearon la Primera Duma. Pero a la Segunda Duma, a pesar de la difícil ley electoral (no se podía hablar de sufragio universal en Rusia, nuestro sufragio no era mejor que el prusiano), el proletariado ruso envió a sesenta y ocho socialdemócratas. Como era de esperar, dada la ley electoral urdida por el conde Witte, no cabía hablar de mayoría popular. En la duma, los liberales del partido Cadete, encabezados por Miliúkov, resultaron ser los amos. Ya mencioné el domingo pasado en

mi discurso[2] que el liberalismo en aquel momento se consideraba vencedor y, de hecho, dueño de la situación. Cada vez que un pueblo revolucionario es derrotado, el amo es el liberalismo triunfante, que declara: a partir de ahora los partidos revolucionarios deben desaparecer, ahora soy yo quien dicta las leyes. El liberalismo tiende una mano al pueblo y la otra a la monarquía. Permítanme recordarles los famosos debates que tuvieron lugar en la Segunda Duma Estatal entre Maklakov y Stolypin. Fue entonces cuando los liberales redactaban en la duma leyes que nunca vieron la luz.

Justo en el momento en que Stolypin erigía las horcas de los tribunales militares de campaña fuera de los muros de la duma, Maklakov, en un brillante discurso, le argumentó a Stolypin que sus tribunales militares de campaña eran ilegales e ilícitos. Pueden ustedes imaginar la terrible y escandalosa impresión que causaron estos discursos en quien gobernaba con la ayuda de las horcas "ilegales e ilícitas". Subió a la tribuna y dijo: "El señor Maklakov es un orador maravilloso, magnífico; demuestra de la manera más irrefutable que los tribunales militares de campaña son ilegales. Pero, señor Maklakov, los tribunales militares de campaña son oportunos, y mi tarea no es interpretar las leyes, sino estrangular la revolución. ¿Qué me puede responder su liberalismo? ¿Qué me pueden ofrecer? Ante mí hay obreros y campesinos revolucionarios que se levantan con reivindicaciones sociales, que arrebatan la tierra a los terratenientes, y yo lucho contra ellos con un cuchillo en la mano. ¿Para qué necesito su retórica? ¿Qué me pueden ofrecer contra ellos?". Y escupió y los dispersó. Aquí les recordaré lo que dijo nuestro maestro Lassalle en defensa de los reaccionarios: dijo que no eran charlatanes, sino servidores sensatos e inteligentes de su soberano.

Tras disolver la Primera y la Segunda Duma, Stolypin creó la Tercera a su imagen y semejanza: una triple alianza que unía a la burocracia con el militarismo, los terratenientes y el capitalismo depredador. La contrarrevolución organizada encontró su máxima expresión en la Tercera Duma Estatal, cuyo presidente era Alexander Ivanovich Guchkov, y cuyo amo de facto era Pyotr Arkadyevich Stolypin. Stolypin luchó contra la revolución mientras esta estuvo viva; también luchó contra el liberalismo en las dos primeras dumas de estado; y, finalmente, creó la Tercera Duma: una banda obediente de personas que dicen "sí" a cada palabra de Stolypin y "no" a todas las reivindicaciones del pueblo. Pero creo que en esta duma Stolypin debería haber visto tanto su fuerza como su debilidad. Es cierto que la revolución rusa ha sido sofocada temporalmente; solo persiste la agitación de algunos individuos. Pero esta agitación persiste junto con la pobreza y la difícil situación de las masas populares, con la necesidad de desarrollo social, con la cuestión agraria sin resolver y la situación aún insoportable del mujik ruso. La Tercera Duma de Stolypin se encuentra ante un abismo. El enorme déficit, la pobreza campesina, la desconfianza de las bolsas europeas: todo ello persiste y contribuye a que el liberalismo ruso levante cabeza y, en la figura del profesor Miliúkov, enarbole la bandera del neoeslavismo. Miliúkov afirma que los cadetes estaban dispuestos a exigir la aplicación de las reformas necesarias, pero que la revolución se lo impidió. Dado que no tenemos ni podemos tener un mercado interior lo suficientemente amplio en nuestro país, y por lo tanto la autocracia no dispone de impuestos suficientes, debemos, en opinión de Miliúkov, hacernos con mercados extranjeros mediante el imperialismo capitalista, con la ayuda de la fuerza armada.

Con el fin de crear en Rusia un clima que garantizara el desarrollo del imperialismo para Stolypin y el zar, con el fin de crear la posibilidad de conquistar mercados extranjeros, el liberalismo ruso fomenta la agitación neoeslavófila, despliega la

[2] Este discurso fue pronunciado por el camarada Trotsky en la contramanifestación organizada por el Partido Socialdemócrata Búlgaro contra el congreso paneslavo, que se celebraba en aquellos momentos en Sofía bajo la dirección de Miliúkov, Guchkov, Kramarzh y otros notorios paneslavistas. Ed

antigua bandera del zar en la que están inscritas las palabras "autocracia, ortodoxia, nacionalidad", y añade a ellas las palabras: "igualdad, hermandad, libertad"; y todo ello se hace bajo el sagrado protectorado de la gran nagaika histórica del zar blanco. Recordad mis palabras, camaradas, y sabed que no fueron los Cien Negros ni los octubristas, sino los cadetes, los liberales (Miliukov, Maklakov, Rodichev y otros impulsores del neoslavofilismo) quienes fueron los primeros en acusarnos de ser traidores al eslavismo, porque nuestro diputado, Pokrovsky, declaró abierta y valientemente que su neoslavismo era un chantaje. (*Aplausos y fuertes exclamaciones: "¡Es cierto!"*). Declaró que armaban todo este alboroto únicamente para que el zarismo pudiera pescar peces en aguas turbias. Entonces, todos los periódicos liberales, con sus venenosas diatribas, escupieron contra el socialismo, apoyándose contra él en todos los partidarios del neoslavofilismo. Pero ahora, después de todo lo que he oído aquí con ustedes, camaradas, puedo decirle al proletariado ruso que mienten quienes afirman que los pueblos balcánicos, la clase obrera balcánica, no creían en el proletariado ruso ni en la revolución rusa, sino que creían en el liberalismo ruso y en el neoslavismo. (*Aplausos entusiastas y exclamaciones de "¡Es verdad!"*).

Camaradas, dado que el zarismo es ahora fuerte, dado que ahora tiene en sus manos un poderoso ejército, los planes del imperialismo cadete solo podían beneficiar a la reacción. Si el zarismo pudiera conquistar mercados extranjeros y, de este modo, enriquecer a las clases media y alta, sería capaz de reponer su presupuesto y reforzar su posición. Pero ahí radica precisamente el quid de la cuestión, camaradas: que el ejército zarista, con sus oficiales (cuyos únicos méritos consisten en la derrota de su propio pueblo), ni siquiera podría utilizarse como fuerza militar en la lucha contra otros estados, porque está compuesto por dos partes directamente opuestas... Entre las masas de soldados de los regimientos zaristas tenemos, por un lado, soldados de cuyos corazones no puede erradicarse el lema "revolución y enemistad eterna con el zarismo" y, por otro lado, tenemos allí bandas oscuras, corruptas, envenenadas por la prédica reaccionaria y el vodka zarista, que durante la revolución fueron los defensores más fiables del zarismo. El personal de mando del ejército no se seleccionaba entre personas que se hubieran distinguido en los campos de batalla, sino entre sinvergüenzas sedientos de sangre, como aquellos que hicieron carrera con crueles represalias contra el proletariado, sofocando levantamientos en San Petersburgo, Moscú, Riga, en el ferrocarril siberiano y por toda Rusia. ¡En tales manos están las tropas zaristas! Recientemente se ha puesto al descubierto la terrible vergüenza del comisariado del zar: esa banda de malversadores que se dedicaba a saquear millones destinados a la compra de cuatro vapores. Si reflexionan sobre este fenómeno y sobre el hecho de que el ejército recibe su entrenamiento en la lucha contra su propio pueblo, comprenderán ustedes que un ejército así no puede utilizarse para conquistas exteriores. Solo es capaz de sofocar temporalmente la revolución, pero no de resolver los problemas urgentes del pueblo. Todo sigue igual que antes.

No es de extrañar, por tanto, que incluso la aspiración a conquistas exteriores acabara en nada. Cuando Izvolsky viajó por Europa y prometió a Serbia la ayuda de las tropas zaristas, ¿qué se consiguió con ello? Desde Berlín preguntaron a San Petersburgo, a los señores Romanov y Stolypin, si realmente estaban dispuestos a luchar o no. Y San Petersburgo tuvo que admitir que sobre ella pesa la maldición de la impotencia. ¡Ese fue el castigo! Un gobierno que mata a su pueblo no puede tener una política exterior fuerte. Pero, aunque esto sea así, camaradas, no significa que el gobierno ruso sea incapaz de dar golpes bajos. A pesar de toda su debilidad e insignificancia, sigue siendo capaz de envenenar nuestra vida. Cuando celebra un acuerdo con Japón, lo hace, por supuesto, para dar rienda suelta a sus manos depredadoras con el fin de robar y saquear aquí, en los

Balcanes. Y por eso, hacen ustedes muy bien en proteger al proletariado búlgaro y a las masas populares búlgaras en general de los "regalos" griegos del gobierno ruso y de la burguesía. Nuestra tarea y la de ustedes, camaradas, es desbaratar todos los esfuerzos del imperialismo ruso; esta es nuestra tarea común, pues la derrota de la revolución rusa es, al mismo tiempo, la derrota de su libertad. Saben bien que el internacionalismo no es una fórmula abstracta ni una mera consigna, sino carne de nuestra carne y sangre de nuestra sangre. (*Aplausos; exclamaciones: "cierto", "cierto"*.)

Camaradas, saben que la historia no la crean los partidos ni los grupos de individuos. Yo, personalmente, ni en mi propio nombre ni en el de mi partido, puedo decirles que mañana o pasado mañana se repetirán los acontecimientos de San Petersburgo; pero puedo afirmar con seguridad una cosa: que el proceso histórico nos favorece, que cada aleteo de sus alas juega a nuestro favor. ¿Puede detenerse el desarrollo histórico de la vida rusa? A escala histórica, la muerte y la derrota no pueden tener lugar. Recuerden cuántas veces se hablaba de la muerte de Turquía y de la China muerta. Pero ante nuestros ojos ocurrió un milagro: tanto Turquía como China resurgieron. ¿Acaso el pueblo ruso seguirá siendo un cadáver sin vida para siempre? No, como resultado de los procesos moleculares de su actividad interna, desplegará sus fuerzas productivas, revolucionará su vida, revolucionará a su proletariado, que se infiltrará imperceptiblemente en las filas del ejército hasta que, finalmente, llegue el día en que la lucha revolucionaria se reavive, cuando el pueblo ruso vuelva a exclamar: "¡Vida o muerte, muerte o victoria!" (*Aplausos*).

No puedo predecirles la fecha de ese día, pero, según la palabra del *Evangelio*, llegará tarde o temprano, y todos debemos estar preparados para afrontar ese gran día plenamente armados.

¡Esa simpatía por la causa del proletariado ruso que he encontrado entre ustedes ayudará a avivar la energía de la socialdemocracia rusa y a acercar el momento en que la gran bandera roja de la Internacional Obrera vuelva a ondear sobre toda la llanura rusa! (*Aplausos y ovaciones prolongados y entusiastas*.)

Edicions Internacionals Sedov
Trotsky inédito en Internet y castellano / Obras Escogidas)
Edicions internacionals Sedov
Germinal
germinal_1917@yahoo.es